



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
FEBRERO DE 2014 Número 145 Donativo \$7.00 M.N.

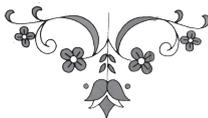




Homenaje de Gratitud

Biografía

de Nuestra Fundadora,
la Reverenda Madre María
de la Navidad del P.S.m.f.
María Concepción Zúñiga López



Capítulo 2

Nacimiento e Infancia

(Continuación)

Nuestra Madre Conchita escribe:

“Fue el día 20 de mayo de 1920 en que un hecho histórico de México marcó también en la vida de mi familia... un cambio de ruta: la muerte del Presidente Carranza. Este acontecimiento de la historia de México fue para mi corazón de niña el primer desengaño de la falacia de esta vida. Era muy pequeña de cuerpo pero mi alma captó toda la amargura de los hechos:

“Mi padre desde entonces se retiró a la vida privada, renunció sus cargos, se enfrentó, ¡valiente! al traidor y le echó en cara su crimen. Desde entonces dejamos la metrópoli y volvimos a la provincia. ¡Mi tierra! Ocotlán Jalisco, pueblo tranquilo donde teníamos una grande casona en la cual mi infancia iba a desenvolverse y a llegar a la juventud.

Retorno a Mi Patria Chica

Hemos vuelto a nuestra casa solariega de Ocotlán
¡Ay! qué feliz me siento porque en ella todo hay.

Hay un corral muy grandote y una parra con uvas;
Hay palomas, hay gallinas y también fruta y lechugas.

En la cocina hay mil cosas que en México no tenía
La casa de papá en la colonia Santa María.

Allá era un chalet, ¡bonito! con árboles y jardín;
Pero aquí está solitito... ¡muy solito y muy feliz!

Ocotlán - Mayo 1920

“Tenía yo una hermana mayor, de tal manera que, siendo niña, ella era señorita, muy joven por cierto. La amaba mucho... pero muchísimo. Tal vez influía en mí su hermosura, pero a la vez delato un defecto suyo: gustaba de ser muy esquiva, eludir el trato de la familia, dormir mucho, desde temprano por la tarde hasta tarde por las mañanas. Esto me causaba tristeza, por ella, que se perdía del encanto de mis mañanitas amadas, y por eso escribí:

¡Levántate pronto por la mañana, hermana,
mira las frondas venir de lejos
con su radiante corte de espejos
a hora temprana...!
Son los luceros cual azulejos
que entran todos por mi ventana.
¡No duermas tanto que es cosa insana
dejar el alba y estar en cama!



Esther, hermana de Nuestra Madre Conchita

Capítulo 3

Primera Comunión

Conchita se acercaba a la edad de comenzar sus estudios de la Doctrina Cristiana y así prepararse para recibir por primera vez a Jesús Hostia. Pero como ella misma narra, había un problema grande: la oposición de su padre.

“Mi padre era todo un hombre de alto valor moral, cívico, social y patrio. Ocupó puestos de gobierno que le honraron, tanto en Jalisco

como en la capital de la República, y en todas partes su hoja de servicios fue sin tacha.

“Como jefe de familia era también integérrimo. Tenía muchas virtudes y pocos defectos. Pero tenía una falla lamentable: había perdido su fe desde joven, envenenado por lecturas atrevidas y dolosas de los anticlericales del siglo pasado. Pero, hijo al fin de familia católica, acendrada en piedad y virtudes, conservó siempre sus sanos principios. Profesaba un liberalismo absoluto; era incapaz de asociarse a otros credos religiosos y siempre desairó a quienes lo invitaban a abrazar otra ideología en materia religiosa. Solía decir: ‘Ya que la religión que mis padres me dieron la he dejado, no tendré otra, como no sea el día que vuelva a mi fe, pero esto. . . ¡no será nunca!’

“Recuerdo que yo sufrí desde ese momento, indeciblemente, y fue así como Dios, que anhelaba salvar a aquella alma, interesó la mía desde la infancia, cuando el alma de los niños, por la inocencia, saben elevar al cielo oraciones puras, diáfanas que, sin duda, los ángeles presentan al Señor en consorcio con la Virgen Madre de Dios y de los hombres. Desde ese momento me interesé por alcanzar del cielo la gracia de la conversión de mi padre, y la luz divina me hizo comprender que aquella tenía que ser una lucha de vida o muerte con el demonio. Comprendí desde entonces que negar la fe era el pecado contra el Espíritu Santo, el que más ofende a Dios, el que más duele al Corazón de Cristo Redentor. Comprendí que es mucho más difícil la conversión de un hereje descreído que la de un cristiano pecador. Y a lo largo de los años pude comprobar que así es. . . ¡Cuánto cuesta un alma que se ha sustraído a la fe de Cristo Nuestro Redentor!



Juan Zúñiga Hermosillo.
El papá de Nuestra Madre Conchita

“En el seno de la familia el clima era triste respecto a este aspecto de la vida; en casa de mis padres se vivía para el cuerpo, con lujo, confort y holgura. Ciertamente se guardaba una moral íntegra, pero la piedad. . . andaba exigua: era nula en mi padre y tibia en mi madre y hermana, porque la influencia de papá prevalecía.

“Para estudiar la doctrina y para hacer mi Primera Comuni3n tuve que esconderme de papá. Tenía yo por entonces seis y medio años. Aquel estudio, somero pero completo de la Sagrada Escritura, de la doctrina de Cristo en el Catecismo de Ripalda y las explicaciones de la maestra, con mi formidable intuici3n, despertaron en mi alma algo dormido: un esp3ritu profundo de piedad.

“Desde mi preparaci3n a aquel acto sublime, pero mayormente en el momento de tenerle en mí, le hice entrega total de mi persona, pidiéndole que me concediera ser yo quien pagara por esta falta de fe y de prácticas piadosas de mi padre; que a mí me enfermara cuanto quisiera; que me hiciera sufrir mucho, en todos sentidos y toda mi vida, pero que yo quería ver a mi padre volver a la fe que le habían enseñado sus padres.



“En grupo de quince niñas nos acercamos a la barandilla el día 15 de agosto de 1921, como una ofrenda a la Madre de Dios en los cielos. Fue por entonces que escribí:

A Jesús Hostia he recibido por vez primera en mi alma
¡Qué dichosa me he sentido! ¡Qué inundaciones de calma!

Me gusta la devoci3n, me encanta la Comuni3n
¡Siento un gran amor de Dios! ¡Unida a Él me hago dos!

“Aquel gran día mi mamá me dijo: ‘Hoy es para ti un día de asueto, no irás a la escuela, no tendrás ocupaci3n ninguna, para que se te grabe

en la memoria, para toda la vida, que éste fue para ti un día diferente a todos.’ ¡Ah, mamá ignoraba que ya era imposible olvidar yo aquel día! No me hicieron fiesta, pues hice mi Primera Comunión sin que papá se diese cuenta, con ocasión de una ausencia de él por la mañana.

“Aprovechando, pues, la libertad que mamá me diera, le pedí entonces que me dejase estar sola en mi recámara y obtuve el permiso. Una vez ahí sola, arrodillada tendí a llorar, suplicando al cielo, poniendo a la Virgen María como intercesora, pues por haber nacido y llevar el nombre de la Purísima Concepción, mi buena madre me tenía un hermoso cuadro a colores de la Inmaculada, rodeada de ángeles. ¡Yo sentía fe! y estaba feliz. Pero cuando era ya tarde y mamá vio que no daba muestras de salir ni de pedir la comida, me llamó con imperio que abriese la puerta, y al verme llorosa, no supo comprenderme. ‘¿Lloras,’ me dijo, y fue ocasión para que me reprendiese duramente. Yo interiormente comprendí que mi

súplica había sido escuchada, Dios me había aceptado y debía sufrir la incompreensión, aún la más dolorosa, como es la de seres queridos.

“Se había hecho en mí algo así como una obsesión, desde que estudiando la doctrina, había interpretado literalmente aquella bienaventuranza que dice: ‘Los limpios de corazón verán a Dios’. Mi catequista, cuando yo le había preguntado si ese gran día íbamos a ver a Dios, me había respondido que sí, si estábamos devotas y limpias del alma. Había pues ansiado el momento de comulgar esperando ver a Jesús, y como no lo había visto, por eso todo aquel día me la pasé rezando, orando

y llorando, pidiendo a la Virgen María intercediese Ella para que yo alcanzara esa gracia. Examinaba mi conciencia y no encontraba pecado que no



hubiese confesado, pues pensaba que sólo eso podía haber impedido que yo no hubiese visto el rostro del Señor. Es más: pensaba que todas mis compañeras lo habían visto. Tal era mi inocencia y mi ignorancia a la vez en materia de instrucción religiosa. Por eso, he ahí la causa de mi gran angustia de aquel hermoso día. Sin embargo, fue para mí un día inolvidable porque en él recibí grandes gracias del cielo...”

Capítulo 4

Estudiante

A pesar de que Nuestra Madre decía que el amor le atrajo desde la cuna y le seguiría hasta el sepulcro, con todo, a esta edad escribió lo siguiente:

“Entre el amor y la ciencia, la última escojo yo,
El saber es mi demencia, por saber me muero yo.

“Pero Dios me había dotado de unos papacitos que estimaron prudente negármelo todo, y esto no era al acaso, y por anticipado me sometía a los designios ocultos divinos, con la íntima convicción de que Dios, Ser Sapientísimo y Bondadosísimo, todo lo dispone. Me amoldaba pues al ambiente y a las circunstancias, y no me costaba trabajo apreciar, aunque mucho el resignarme.

“Yo estaba cursando el quinto de primaria y ya había manifestado a mis padres el deseo de seguir estudios superiores y me había respondido mi señor padre, que ‘NO’. Aquello era para mí ese martirio: el anhelo de saber. Me inquietaba sobre manera ignorar muchas cosas. Sin libros, sin amigas, quería sacar luces por lo menos de mi padre, y lo ase-diaba de preguntas. Pero sus respuestas no me satisfacían. Quería, además, estudiar medicina, química farmacéutica, literatura, leyes, en fin...todas las ciencias. Deseaba conocer el por qué de los astros, de las plantas y de los seres todos. La propagación de las especies eran para mí un misterio que nadie me descifraba, sino los cuentos, que yo entendía eran ‘cuentos chinos’. Entonces, por eso exclamé lo que sigue:



“Fugarme he de mi casa, ¡para llegar al dintel de una universidad!
Me quemaba como una brasa, y es un martirio cruel, este anhelo de estudiar,
Mas, debo ser obediente y sufrir...hasta la muerte
Por amor de Aquel Señor que por mí vino a sufrir...
Y que clavado en la cruz, ¡sufrió una sed de morir...!



“Comprendería desde entonces que para sufrir y merecer se venía a la tierra, y que Cristo vino a darnos el ejemplo. Y yo quería imitarle, y rendirme a sus pies para pagarle el amor que Él me había demostrado muriendo por mí. Pero, con todo, ¡qué lejos estaba de comprender el verdadero amor de Cristo!

“Cuando llegué a los diez años cumplidos, fue mi exa-

men de primaria y con él mi intervención en una gran fiesta literaria escolar. Entonces se descubrió en mí una verdadera vocación artística. Yo había nacido artista ¡y yo quería ser artista! ¡Ah!, pero también fue entonces cuando mi vida tuvo una transición tremenda: mis padres montaron en cólera y alarmados por mi inclinación hacia esa carrera, me pegaron, me amenazaron y me hicieron sufrir lo indecible. Pero lo peor fue que yo no acababa de entender, para justificar el criterio de mis padres.

Capítulo 5

Ermitaña

“A partir pues de aquel día, empezó para mí una nueva etapa de mi vida: me convirtieron mis padres, a los diez años, en una mujer recluida en el hogar. ‘No quiero sabias, sino hijas virtuosas como su madre,’ arguyó mi padre ante mis demandas de estudiar. Y respecto a mis disposiciones artísticas y mis deseos de educarme para tal profesión: ‘prefiero verte muerta’. Mi padre era todo energía y carácter, así pues, aquello fue para mí una sentencia irrevocable a la que tuve que sujetarme por obediencia filial. Me sometí dócilmente, con la convicción de que es un deber sagrado de los hijos obedecer a sus padres.

“Sin estudios, pues, sin amigas, sin nada que me sirviera de aliciente o paliativo en la vida, sin nada que me diera esperanza de salir de aquel estrecho círculo, sin tener siquiera la puerta de la confianza en mis padres ni en mi hermana... sencillamente me estaban exponiendo a grandes tentaciones de pensamiento.

“Cierto, en mi caso todo aquello estaba ordenado por Dios, ya que, según sus designios sobre mi alma, así convenía. ‘Donde todo falta, Dios asiste,’ reza un axioma. Dios quería rodearme de espinas, como lo hace un hortelano cuando quiere preservar una planta. Además, haciendo en mi alrededor la soledad, Dios me propiciaba para que, acercándoseme Él, yo le abriera mi corazón.



(Continuará)

Nuestra Madre Conchita con su mamá

EL CARNAVAL

¿Sabía Ud. que el carnaval era una fiesta pagana de siglos anteriores a la Era Cristiana? La prolongación y clausura de las fiestas de la barbarie pagana, era el carnaval, pero en los siglos siguientes a la Navidad de Cristo, los enemigos jurados de su religión dieron un impulso mayor a estas fiestas haciéndolas coincidir precisamente con la etapa luctuosa de la conmemoración de la muerte de Cristo.

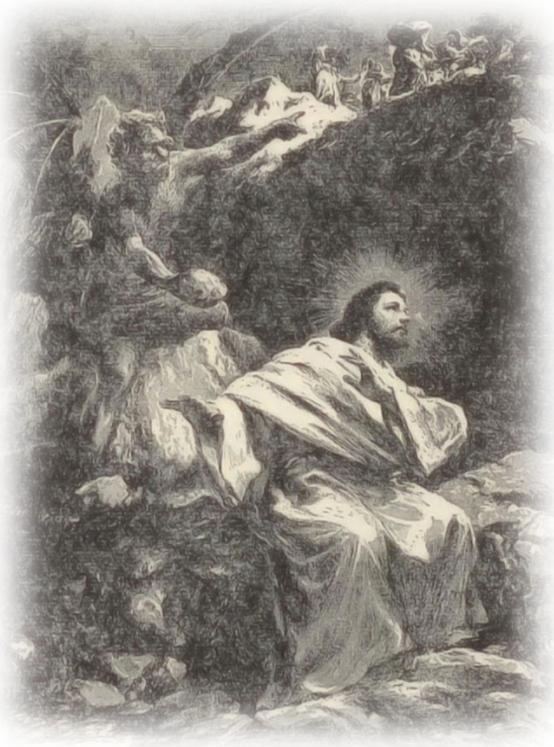
La Iglesia admitió, sin embargo, un tanto esta fiesta para los cristianos, a fin de que socialmente no desentonara, y permitió el “martes de carnaval” que consistía en una fiesta familiar, en que se comía carne como despedida

precisamente de ese alimento, que todo el tiempo cuaresmal no se tomaba para ofrecerlo a Dios como una protesta de adhesión a

su espíritu litúrgico de la Iglesia y para unirse en el sacrificio de Cristo, que ayunó cuarenta días en el desierto antes de su Pasión.

Pero andando el tiempo, esta costumbre fue paganizándose nuevamente, y

hoy día... ¿qué podríamos decir de ciertos factores humanos durante la celebración del carnaval y la Cuaresma?... Sencillamente digámoslo sin asombro: los humanos, todo lo tiznamos con ese bao de carnalidad, de mundanidad y vanidad que nos hace tentación: los tres enemigos el hom-



bre: ¡MUNDO... DEMONIO... Y CARNE!

Citemos y recordemos aquí ciertas palabras del Papa Benedicto XIV, al respecto: “La observancia de la Cuaresma es el cingulo de nuestra milicia y por ella nos distinguimos de los enemigos de la cruz de Cristo; por ella conjuramos los huracanes de las iras divinas; por ella nos protegemos contra las potestades infernales. Si la observancia cuaresmal viniera a relajarse, rebajaría la norma de la gloria de Dios y en desdoro de la Religión y sería un grave peligro para los cristianos.

Tiempos modernos

En estos tiempos modernos, precisamente, da pavor ver que los cristianos, en lugar de celebrar la Cuaresma, corren en desbandada hacia las celebraciones paganas: ¡las vacaciones de primavera! son aprovechadas para el desenfreno de las pasiones, en lugar de entrar con el espíritu litúrgico de la iglesia que nos llama a una cultura más alta.

¿Cultura decimos? Así es: la Era Cristiana es una era de cultura sobre la barbarie, una cultura racional, humana. Si somos paganos, bueno está que actuemos como tales, pero... si somos cristianos, ¿por qué actuar como pa-

ganos? Es tomar posturas ajenas a nuestra fe, a nuestra cultura, a nuestro rango de hijos de Dios.

Sabemos que todos tenemos necesidad de hacer penitencia, si no queremos perecer, como lo dicen los libros santos y lo ratificó Cristo con sus propios labios.

El tiempo Cuaresmal se nos propone maravillosamente para que, ese deber de hacer penitencia se cumpla en relación con la conmemoración de la penitencia de Cristo. Entonces... ¿no lo dejemos solo... vayamos a Él ...!

Guardemos el tiempo de Cuaresma como cristianos y habremos cumplido un deber y habremos hecho uso de un derecho: el derecho de los hijos de Dios, que nos está llamando a tener parte en su banquete divino. No andemos, pues, fuera de las Bodas a que hemos sido invitados con predestinación antes de nacer; sepamos beneficiarnos del torrente de gracias, de luces, de instrucciones que la Iglesia nos ofrece en la celebración litúrgica Cuaresmal. Porque... si guardamos el ayuno y la abstinencia, pero no nos apartamos de los caminos del mal o en pasatiempos inútiles que no nos traerá ningún bien espiritual... ¿qué nos aprovechará? No hagamos estéril nuestros sacrificios, ¡ni el gran sacrificio de Cristo nuestro Redentor!

¡Sea para gloria de Dios!

Vestir con Dignidad

Continúa del número anterior del libro escrito por la Sra. Colleen Hammond

Capítulo 2

El Retorno a la Reverencia y Respeto

Cuando una mujer se arregla bien para su esposo con el fin de agradarle, ¡esto es verdaderamente un acto de virtud! La Sagrada Escritura dice que “la casada ha de preocuparse de las cosas del mundo, de agradar al marido”. (I Cor VII, 34) ¡Entonces señoras, tienen la libertad de arreglarse bien para el esposo!

El otro lado de la moneda es cuando una mujer quiere hacerlo para provocar a otros hombres. Lo siento, ¡esto no se admite! Nuestro Señor dijo: “Todo el que mira a una mujer deseándola, ya

adulteró con ella en su corazón”. (Mat. V, 28) Como ya sabemos que el adulterio es pecado mortal, y que sólo un pecado mortal deliberado enviará al que lo comete al infierno por toda la eternidad,



¿por qué piensan que una mujer querría tentar a un hombre de lujuria con su vestir inmodesto y sin dignidad y así ser en parte responsable de su pecado? ¿Y todavía más si este pecado lo puede condenar? Las mujeres que se visten así muy probablemente no están pensando, o ni siquiera tienen en cuenta, todas las consecuencias de sus gustos en el vestir.

He aquí una analogía que una amiga me dio:

Si tuviéramos una amiga que nos pidiera que le prestáramos una pistola para matar a alguien, ¿se la daríamos? ¡Claro que no! Matar a un ser humano es malo y no participaríamos en ello, ¿verdad que no?

De la misma manera, no debemos querer vestir de modo que proporcionaría a un hombre los medios de matar su alma. Al contrario, ¿no deberíamos, tomar medidas preventivas para vestir con modestia y dignidad? ¿No es más importante un alma que un cuerpo?

¿Y no nos debería dar vergüenza o humillación mostrar en público una buena parte de nuestro cuerpo o nuestra figura? ¡Dios mío! No me acuerdo cuándo fue la última vez que escuché a alguien decir que le daba vergüenza vestir una cierta ropa porque era demasiado inmodesta.

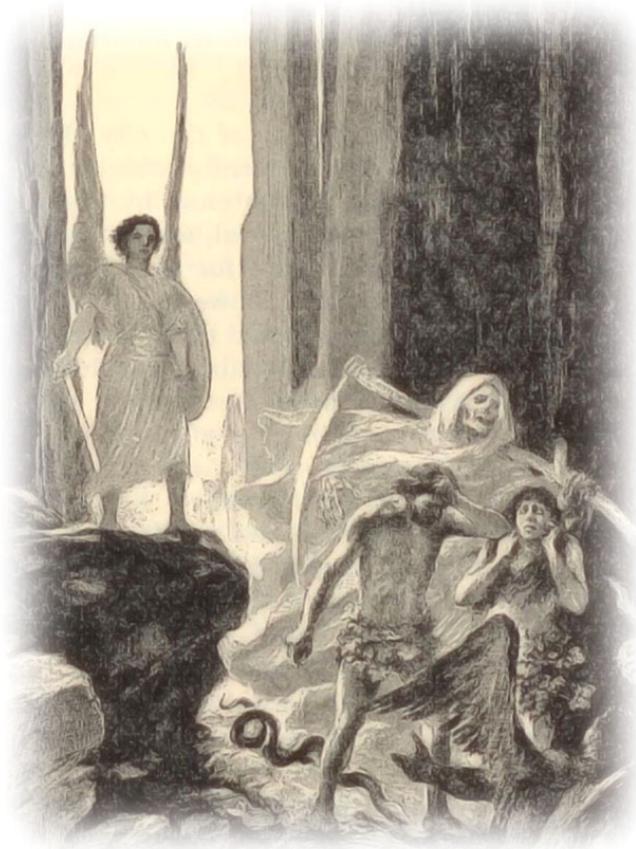
Cuando mi hija tenía escasos seis años vio a una joven en la tienda que llevaba un traje muy apretado e indecente. Mi niña meneó su inocente cabecita y exclamó: “Mamá, aquella muchacha no se quiere mucho”. ¡De la boca de los niños. . .!

La gente ya no tienen vergüenza de lo que visten o de lo que hacen. Hoy en día, el concepto desenvuelto de modestia y aún del honor familiar, se debe a nuestra falta de respeto por nosotros mismos, por Dios y por su Ley.

Pero recordemos que aún cuando una persona posee la gracia y lleva una vida de oración, muchos caen en las redes de la indecencia, la torpeza y la inmodestia.

¿Te acuerdas del Rey David y Betsabé? Si David, el autor de los Salmos e instrumento escogido de Dios, pudo cometer semejante error, entonces, ¡ninguno somos inmunes!

Pero la gracia, la oración y una buena conciencia nos ayudarán a reconocer lo que es decente y honroso porque no podemos contar con nuestra sociedad. La cultura moderna ha perdido todo el sentido de lo que es propio, decente, respetable y modesto. Cuando uno se pierde, volver sobre sus pasos para encontrar el buen camino, es progreso. Echa-



que las cosas valiosas fueran difíciles de encontrar. El mismo Mahoma llegó a decir a su hija:

“¿Dónde encuentras a los diamantes? En la profundidad de la tierra, cubiertas y protegidas. ¿Dónde encuentras a las perlas? En lo más profundo del mar, cubiertas y protegidas en una concha hermosa. ¿Dónde encuentras

mos una vista a la historia para ver lo que ha sido y ha significado la respetabilidad.

Desde el tiempo en que Adán y Eva fueron arrojados del Paraíso, ha sido una señal de respetabilidad y distinción cubrir completamente el cuerpo, especialmente el cuerpo femenino.

¿Por qué? Porque cualquiera cosa que es preciosa, misteriosa o sagrada está oculta a la vista. Está cubierta.

Esto me recuerda lo que me decía mi abuelita cuando yo era niña: en la naturaleza, Dios hizo

el oro? En el fondo de una mina, cubierto de muchas capas de roca. Tienes que trabajar mucho para encontrarlos. . . Tu cuerpo es sagrado. Tú eres más preciosa que diamantes y perlas, y debes estar cubierta también.”

Sí, nuestros cuerpos son mucho más preciosos que los diamantes, las perlas y el oro, pues por el Bautismo somos templos del Espíritu Santo. ¿No deben nuestros preciosos cuerpos estar cubiertos y ocultos a la vista? San Bernardo de Claraval exclamó: “Cuán hermosa es, entonces,

la modestia, y entre las virtudes, qué joya!”

En el templo del Antiguo Testamento el Santo de los Santos estaba cubierto. Solamente al Sumo Sacerdote se le permitía entrar, ¡y esto sólo una vez al año! Pues ahí se hallaba la presencia de Dios en el Arca de la Alianza sobre el cual estaban dos ángeles con las alas extendidas.

Aún en nuestros días en que hay tanta irreverencia, las cosas que son santas y sagradas están cubiertas. En las iglesias católicas el sagrario, por tradición, está cubierto. ¿Y qué del copón que contiene el Santísimo Sacramen-

to? También, por tradición, está siempre cubierto. Cuando hay procesiones con el Santísimo Sacramento, va cubierto con el palio. ¿Y qué del velo humeral que lleva el sacerdote sobre sus hombros, brazos y manos durante la Bendición del Santísimo, de manera que ni sus manos consagradas tocan la custodia de oro que contiene el Cuerpo de Nuestro Señor?

Todos estos “velos” muestran respeto y reverencia a lo misterioso y sagrado.

Las mujeres, por su naturaleza física, son vasos de vida. Entonces cada mujer, debido a la femineidad que Dios le ha dado,



se cubra, pienso que el velo es una manera hermosa que honra la s a g r a d a vocación y privilegio de las mujeres.

Ade- más, es una santa costumbre que fue llevada a cabo por las Santas de la Igle- sia.

Qu é honor te-

nemos las mujeres de poseer la ca- pacidad de llevar otra vida dentro de nuestros cuerpos.

Piénsalo: aunque Eva lleva una gran parte de la responsabi- lidad del pecado original, se le nombra además con el glorioso título de: Madre de los Vivientes.

(Continuará)

posee algo de misterioso y sagra- do, que es su capacidad, junto con Dios y su esposo, a cooperar en lo sagrado de la creación. Es muy apropiado que la mujer, que goza de un privilegio admirable, se cubra.

Cuando era niña veía cómo todas las señoras se cubrían con mantillas y ya quería ser grande para ponerme una también.

Ahora que comprendo que es un honor para la mujer el que

